

*Pantanosa*

Francisco Miranda Terrorer

Ediciones Libertarias, 2010.

Fue el descubrimiento de Espinosa lo que, definitivamente, me persuadió de que si quería proseguir nuestra correspondencia, tendría que ceder a las condiciones que Pedro planteaba. De repente, Pantanosa, aquella ciudad que, poco a poco, se había convertido en la diana de todos mis dardos, contra la que me ensañaba con un rencor bilioso, con la más amarga ira de que era capaz, aquella Pantanosa que yo juzgaba el colmo de la vulgaridad, donde el dinero, la hipocresía y la adulación campaban por sus fueros y machacaban cualquier otra posible pauta de conducta con abominable desprecio, en aquella misma Pantanosa, un señor de Caravaca, entretanto sobrellevaba su existencia de forma aparentemente gris, dedicado a empleos kafkianos, había conseguido escribir una obra absolutamente radical.

Leí *Asklepios* y sucedió el pasmo. ¿Aquel hombre había pasado su vida en Pantanosa? ¿Había estudiado derecho en aquella misma universidad? ¿Cómo no se había suicidado, cómo no había perdido el juicio? ¿Cómo era posible que de Pantanosa hubiera surgido semejante escritor? ¿Cómo habían pasado casi veinte años sin que nadie me hablase de él? ¿Por qué no lo leía la gente a voz en cuello en calles y plazas? ¿Cómo se podía vivir en Pantanosa sensatamente sin conocer lo que a partir de ella había dicho Espinosa?

Mientras recorría sus páginas, me invadió una especie de sosegado entusiasmo. Aquella sensación era similar a la que me habían causado Platón y Heráclito, a quienes retornaba cuando la melancolía se me hacía insoportable. Pero, a diferencia de los griegos, que yo evocaba bajo la forma de etéreos habitantes de una Arcadia lejana e inalcanzable, Espinosa representaba, además del concepto de lo bello, bueno y verdadero, una certidumbre que podía tocar con las manos, que me obligaba a pensar en la libertad y el conocimiento como presencias reales, en cuya búsqueda debía insistir a toda costa, pues él, Espinosa, era la prueba irrefutable de que también en Pantanosa podía uno aspirar a la excelencia.